LA HISTORIA DE UN HOMBRE QUE SOÑÓ UN SUEÑO LOCO

The Independent, 19 de octubre de 1929, vol. XVI, núm. 6, págs. 25-27[127]. Sección "Arte y Artistas".
Bajo el seudónimo Roberto del Val.

I

Escribo esto, porque soy un cobarde. Lo que yo debía hacer era recoger en un momento de brava sinceridad mi pasión y volcarla toda entera ante usted, igual que ante un confesionario. Así por lo menos, conociéndolo usted, sería para mí más llevadero el tormento de saber que mi ilusión es como la de esos chiquillos que pretenden tocar con las manos la luna: una ilusión imposible. Lo sé, y sin embargo, no lo hago. Así somos los hombres: unos míseros fantoches que prefieren la tragedia del silencio a ver fulgurar en los ojos de la mujer soñada el relámpago del rencor o del odio…

II

He hablado de mi ilusión. ¡Pobre ilusión esta mía, que se alimenta de lo imposible!… Nació como nacen las cosas al conjuro del destino: súbitamente, espontáneamente, en lo más profundo de mis entrañas. Todavía recuerdo, tal que si hubiese ocurrido ayer, su momento inicial. En la penumbra vaga de la estancia, esperábamos tres su presencia de usted. Dos poetas que ya le trataban de antiguo y yo, arrastrado por la curiosidad de conocer a quien llenaba los periódicos con su fama de gran declamadora. Y como si me encontrara ante un misterio, me preguntaba: ¿cómo sería?, ¿de qué gentilezas estaría llena que ha con-

[127] Transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Filipinas, también se conserva copia en el Museo López.

Arte y Artistas

CONFIDENCIAS

A HISTORIA DE UN HOMBRE QUE SOÑO UN SUEÑO LOCO...

Por
ROBERTO
del VAL

Mi ilusion es como la de esos chiquillos que pretenden coger con las manos la luna... ¡Una ilusion imposible!

Era una llama que purificaba mi vida; era un baño lustral que me envolvía en claridad...

bo esto, porque soy un cobar-
a que yo debía hacer era re-
n un momento de brava sin-
mi pasion y volcarla toda en-
te usted, igual que ante un
nario. Así por lo menos, co-
lo usted, sería para mi más
o el tormento de saber que
ón es como la de esos chiqui-
pretenden tocar con las ma-
luna: una ilusion imposible.
y sin embargo, no lo hago.
os los hombres: unos mise-
stoches que prefieren la tra-
el silencio a ver fulgurar en
de la mujer soñada el ro-
del rencor o del odio....

II

ablado de mi ilusión. ¡Pobre
sta mía, que se alimenta de
ible!.... Nacio como nace,
al conjuro del destino: su-
, espontáneamente, en lo
ndo de mis entrañas. To-
uerdo, tal que si hubiese
ayer, su momento inicial.
sombra vaga de la estancia,
nos tres su presencia de us-
poetas que ya le trataban
so y yo, arrastrado por la
de conocer a quien llena-
periódicos con su fama de
amadora. Y como si me
a ante un misterio, me pre-
¿como sería? ¿de que genti-
ría l'ena que ha conseguido
Manila a sus pies? ¿Cómo
l alma esta mujer que lo
raba en unos versos de do-
ibtaba cuando eran de ad-
o de combate los versos?
Ordenado por Dios o por
: algo inevitable, quizas es-
en el gran libro de la Vida
hondo de la eternidad....
minarse la estancia con el
unos ojazos negros; sentí
rse el ambiente con la vi-
una risa de cristal. Era
da hermosa: era usted us-
mujer. Y de aquella estan-
más tarde un hombre ya
del divino mal de sentir y
....

III

o, gravemente enfermo del
l de amar. Era aquello algo
que ocurrir fatalmente, in-
nte y que volvería a ocur-
eces si otras tantas volvie-
vivir. Pero juro que de ha-
posible, me hubiese arran-
orazon para ahogar aquel
o sabía irrealizable. Pero
quello era imposible, apele
al recurso a que apelan los cobardes: la fuga...

Huí, bien lo sabe usted. Huí haciéndome la ilusión de que no viéndola a usted, su memoria se iria de pe de mí! Igual hubiese podido pretender huir de mi sombra... Yo le llevaba a usted incrustada dentro de mí, como marca aplicada con hierro vaneciendo a la manera del humo que se disuelve en el espacio. ¡Loco, torcandente; yo le llevaba a usted en mis pensamientos, en mis sentires, en mis sueños...

IV

Sufrí, pero también—¿porque no confesarlo?—tuve mis compensaciones. Era mi pasión tan hermosa, tan desinteresada, tan integra y tan cabal que realizo en mi alma el milagro de una renovación. Era una llama que purificaba mi vida; era un baño lustral que me envolvía en claridad...

Quizás no lo crea usted, porque yo mismo, de no haberlo conocido en mí, nunca hubiese creido en la influencia bienhechora de un grande amor. Pues bien: nunca me sentí tan bien conmigo mismo, en una tan completa paz interior, como cuando empezó a florecer aquel cariño. Porque tiene usted que creerlo: no hay para sentir una plenitud de satisfacción como amar a una mujer por encima de todas las cosas. Eso lo hace a uno sentirse inmolado, sacrificado en una causa más santa que la que empuja a la muerte a los héroes y a los mártires...

V

Pero hace seis meses, cuando enfermé de gravedad, comprendí toda la tragedía de ese amor imposible. Yo me sentía solo, completamente solo, en aquel trance terrible en que se disputaban mi cuerpo la Vida y la Muerte. Casi anulada en mi la voluntad de vivir—¿a qué, si la vida iba a ser solamente perseguir lo imposible? —iba contando las horas como sombras fugaces que se iban hacia la eternidad. Y me asalto entonces el mayor remordimiento que haya conocido jamas...

Era que comprendía la verdad: la verdad de un amor inútil que ni siquiera tuve el valor de confesar. Si yo me iba, me llevaba conmigo el secreto para siempre jamás... Y una pasión hermosa hubiese pasado por el mundo sin haber florecido; sin siquiera haber sido conocida de quien la había inspirado. De lo poco que enonces creía que me quedaba por vivir, no hubiese pedido a Dios más que el tiempo suficiente para jurarle con la solemnidad de mis últimos instantes en la vida que le quería a usted por encima de todas las cosas y de todos los seres...

No se realizó aquel milagro, pero se realizó el milagro de mi curación. Y mi primer propósito fué que le haría la confesión que hubiese querido hacer antes de morir...

VI

Y he ahí la razón porque escribo esto que, si no fuese cobarde, se lo diría a usted cara a cara. Le considero a usted una mujer demasiado superior para no comprender que hay sentimientos que están fuera del alcance de la voluntad humana; le creo a usted demasiado superior para tomar a ofensa un sentimiento que en mí tiene la fuerza de lo inevitable. Los hombres no deben ser responsa-

(Continuación en la pág. 27)

"LA SAMPAGUITA"
ALMACEN DE TEJIDOS
Joyeria de oro legitimo, Brillantes, Perlas, Piedras preciosas,
305 Misericordia
Sta. Cruz. Manila.
Tel. 2-56-10

Reproducción del original publicado en el periódico *The Independent*, 19 de octubre de 1929, del ejemplar existente en la biblioteca del Museo López, Manila.

seguido tener a Manila a sus pies?, ¿cómo tendría el alma esta mujer que lo mismo lloraba en unos versos de dolor que vibraba cuando eran de admonición o de combate los versos?

Y fue. Ordenado por Dios o por el Destino: algo inevitable, quizás escrito ya en el gran libro de la Vida desde lo hondo de la eternidad…

Vi iluminarse la estancia con el fulgor de unos ojazos negros; sentí estremecerse el ambiente con la vibración de una risa de cristal. Era usted, toda hermosa; era usted, toda mujer. Y de aquella estancia salió más tarde un hombre enfermo del divino mal de sentir y de querer…

III

Enfermo, gravemente enfermo del divino mal de amar. Era aquello algo que tenía que ocurrir fatalmente, inevitablemente y que volvería a ocurrir cien veces si otras tantas volviera yo a vivir. Pero juro que de haber sido posible, me hubiese arrancado el corazón para ahogar aquel cariño que sabía irrealizable. Pero ya que aquello era imposible, apelé al recurso a que apelan los cobardes: la fuga...

Huí, bien lo sabe usted. Huí haciéndome la ilusión de que no viéndola a usted, su memoria se iría desvaneciendo[128] a la manera del humo que se disuelve en el espacio. ¡Loco, torpe de mí! Igual hubiese podido pretender huir de mi sombra… Yo le llevaba a usted incrustada dentro de mí, como marca aplicada con hierro candente; yo le llevaba a usted en mis pensamientos, en mis sentires, en mis sueños…

IV

Sufrí, pero también —¿por qué no confesarlo?— tuve mis compensaciones. Era mi pasión tan hermosa, tan desinteresada, tan íntegra y tan cabal que realizó en mi alma el milagro de una renovación.

[128] El original presenta un dibujo de una niña pretendiendo alcanzar la luna que causó un baile de líneas; por lo que el párrafo ha sido reconstituido aquí.

Era una llama que purificaba mi vida; era un baño lustral que me envolvía en claridad…

Quizás no lo crea usted, porque yo mismo, de no haberlo conocido en mí, nunca hubiese creído en la influencia bienhechora de un grande amor. Pues bien: nunca me sentí tan bien conmigo mismo, en una tan completa paz interior, como cuando empezó a florecer aquel cariño. Porque tiene usted que creerlo: no hay para sentir una plenitud de satisfacción como amar a una mujer por encima de todas las cosas. Eso lo hace a uno sentirse inmolado, sacrificado en una causa más santa que la que empuja a la muerte a los héroes y a los mártires…

V

Pero hace seis meses, cuando enfermé de gravedad, comprendí toda la tragedia de ese amor imposible. Yo me sentía solo, completamente solo, en aquel trance terrible en que se disputaban mi cuerpo la Vida y la Muerte. Casi anulada en mí la voluntad de vivir —¿a qué, si la vida iba a ser solamente perseguir lo imposible?— iba contando las horas como sombras fugaces que se iban hacia la eternidad. Y me asaltó entonces el mayor remordimiento que haya conocido jamás…

Era que comprendía la verdad; la verdad de un amor inútil que ni siquiera tuve el valor de confesar. Si yo me iba, me llevaba conmigo el secreto para siempre jamás…

Y una pasión hermosa hubiese pasado por el mundo sin haber florecido; sin siquiera haber sido conocida de quien la había inspirado. De lo poco que entonces creía que me quedaba por vivir, no hubiese pedido a Dios más que el tiempo suficiente para jurarle con la solemnidad de mis últimos instantes en la vida que le quería a usted por encima de todas las cosas y de todos los seres…

No se realizó aquel milagro, pero se realizó el milagro de mi curación. Y mi primer propósito fue que le haría la confesión que hubiese querido hacer antes de morir…

VI

Y he ahí la razón porque escribo esto que, si no fuese cobarde, se lo diría a usted cara a cara. Le considero a usted una mujer demasiado superior para no comprender que hay sentimientos que están fuera del alcance de la voluntad humana; le creo a usted demasiado superior para tomar a ofensa un sentimiento que en mí tiene la fuerza de lo inevitable. ¡Los hombres no deben ser responsables de las imposiciones del destino!...

Además, este cariño tiene el mérito de que está hecho de renuncias y de sacrificios. ¡Es un cariño que no pide recompensa! Se contentaría con que se lo tolerase, con que en nombre de la caridad se lo dejase vivir. No pide más que eso que es bien poco y es todavía demasiado. El derecho a la existencia, ya que fue de Dios que naciese…

VIII

Antes de terminar, quiero grabar en su alma esta verdad: donde quiera que esté usted, lo mismo mañana que después de cien siglos, sea cual fuere el destino de mi querer, guardaré su memoria como algo sagrado que tuve la desgracia de conocer demasiado tarde. Todo lo que pido es que no me guarde odio o rencor.

Y que no me recompense con la indiferencia de quien no le importan estas cosas. La mayor tragedia para un hombre que ama es saber que no quieren darse cuenta de su pasión.

La frialdad indiferente mata con mayor rapidez una ilusión que el franco rencor.